

EDITORIAL



Francisco Javier Caballero, CSSR
director@revistaicono.org

El desierto o el valor creativo del silencio

Las palabras no son inocentes. Los seres humanos somos expertos en el uso de las palabras. En ocasiones las reiteramos tanto que las agotamos o las dejamos sin fuerza. Puede ocurrir también que las utilicemos para cuestiones bien distintas o contrarias. En algún momento de nuestra vida hemos recibido palabras que nos han impactado o cambiado; nos han entristecido o nos han llenado de alegría. Hay palabras que pronunciadas en medio de otras muchas terminan por ser ruido y nada significan. Y hay palabras que en medio del silencio tienen fuerza para cambiar la vida.

La cuaresma se significa con las palabras y el silencio necesario para escucharlas. El contexto, lo sabemos bien, es el desierto. Lugar, por excelencia, carente de palabras en el que nada nos puede despistar de la búsqueda del objetivo único: experimentar sed del agua verdadera de la Palabra.

Pero “desierto” también es una palabra. Y puede que hasta domesticada. Por menos de nada «hacemos desierto» que queda reducido a minutos de menos palabras; a cambio de actividad o a la nada. Pero el desierto es desierto. Es un tiempo y lugar sin vida. Un espacio donde el clima es extremo y, sobre todo, un escenario de soledad: tú en camino buscando

un horizonte de esperanza. Por eso es el marco idóneo para estos cuarenta días de la cuaresma. Que es la reconstrucción personal, la vuelta a la casa hogar de la comunión.

La cuaresma es leer lo que somos y cómo vivimos desde los valores evangélicos de la verdad, la solidaridad, el amor y la esperanza

Por eso el desierto es para nosotros personalización –otra palabra– que, ante todo, significa pasar los valores del evangelio por la propia vida. No es hacer propósitos que se sustentan en la voluntad, es leer lo que somos y cómo vivimos desde los valores evangélicos de la verdad, la solidaridad, el amor y la esperanza. Y así, sin la posibilidad de refugiarnos en el actuar de otros, el pensar de otros o la verdad de otros, descubrimos dónde se sustenta aquello que decimos creer y compartir en la comunidad cristiana.

El desierto, recuperado como espacio de palabra no contaminada, puede provocar que literalmente despertemos y así busquemos la comunión, la fraternidad y esa amistad social

capaz de transformar la humanidad.

La cuaresma no es un tiempo triste o de cargas sobre la vida; es un tiempo de libertad para volver con sentido al descubrimiento de la comunión. Porque liberada nuestra persona de la tentación de poseer, dominar o decidir, encontraremos el camino de la felicidad que pasa por la aceptación de la verdad, la necesidad de compartir, aprender a querer y confiar en un mañana mejor. Aprenderemos a escuchar las palabras sin ruido haciendo de nuestras celebraciones, oraciones y reuniones momentos privilegiados para la vida y al servicio de la vida.

Encuentro, prueba y renovación

Nos dice el Evangelio que Jesús fue empujado por el Espíritu al desierto. Allí, en la soledad, se encuentra con sus propios límites, que no son otros que los de toda la humanidad. Allí, sabe responder con amor, con un amor sin medida. Todo ello sucede en el desierto, en el silencio, en la soledad... en el amor.